

Yo he estado en Fátima

Por el Dr.
Dn. N. TIBAU

Yo, que por convicción y por cargos que ostento en tribunales eclesiásticos, tengo la obligación, a veces muy penosa, de ser reacio a admitir prematuramente la verdad de hechos a primera vista milagrosos de curaciones, apariciones, revelaciones, etc., he estado en Fátima y puedo contar a mis lectores lo que he visto y oído. Y ha sido de tal naturaleza lo que he visto y oído en ese privilegiado lugar de Portugal, que pese a todo aquello, me he convertido en propagandista y devoto suyo. Y doy gracias a Dios por haberme concedido este favor inmerecido y que tan pocos logran, a pesar de sus deseos, debido a las actuales circunstancias por que atraviesa el mundo. Huelga explicar aquí lo que los buenos católicos saben ya, con más o menos detalles, de las apariciones de la Virgen en el año 1917 a tres pastorcillos de Fátima, con sus milagros, revelaciones, ruegos, imponentes concursos de católicos de Portugal, ensañamiento de los sectarios, entonces en poder de la nación hermana, actuación de los tribunales eclesiásticos, etc. etc., y la vida ejemplar llevada desde entonces por los tres pastorcillos, hasta la muerte de dos de ellos y la toma de hábito de la única que todavía vive, monja en Tuy. Lo único que me interesa contar es, como decía al principio, lo que he visto y oído. He lo aquí:

Hice el viaje en compañía del Ilmo. Vicario General de Lérida, Dr. D. Amadeo Colom. Salimos de Lisboa a primeras horas de la mañana; llegamos a eso de las 10 a la estación de Chao de Mazas (tierra de manzanas), donde tuvimos que apearnos para recorrer en coche los veinticinco kilómetros que la separan de Fátima. El día, que amenazaba ser lluvioso, fuese poco a poco despejando, regalándonos luego el sol con toda su esplendor. No es muy bello el paisaje. Aunque bastante habitado, el suelo es seco, pedregoso, con unos centímetros de tierra cultivable encima. Excepto en los valles, los árboles, los pocos que hay, más parecen arbustos por su poca elevación sobre el terreno. Puede decirse que es un suelo pobre que sólo debe rendir a costa de muchos esfuerzos. No se ven pozos ni corrientes de agua y muy poca hierba. El horizonte, esto sí, es abierto, lo cual da al paisaje, a pesar de su sequedad, una nota especial de belleza.

No es Fátima un verdadero pueblo; más bien es un lugar, con casas muy pequeñas diseminadas en una extensión de unos 10 km. cuadrados. Muy cerca de donde se apareció la Virgen, hay una notable cantera de piedra blanca, que se presta fácilmente a ser aserrada a mano de hombre.

Se entra en lo que podemos llamar terreno del Santuario, por una puerta grande abierta en una valla que lo circunda. Antes, unas como barracas de feria ofrecen al peregrino recuerdos piadosos de Fátima y artículos típicos del país. La mayoría estaban cerradas aquel día por no ser fecha señalada de peregrinación. En los días 13 de cada mes, aniversario de cada una de las apariciones, están todas abiertas, pues acuden a Fátima peregrinos de toda la nación.

De un solo golpe de vista se abarca todo cuanto hay en el recinto. Enfrente, a lo lejos, la magnífica basílica en construcción, según los deseos de la Virgen, monumental, toda de piedra y que está siendo cubierta ya del todo. A la izquierda, un inmenso edificio-hospital, que se llena en días de peregrinación y está en servicio continuo. Junto a él, más a la izquierda, una magnífica Casa de ejercicios y hospedaje, levantada por la Jerarquía eclesiástica portuguesa y donde se tienen asambleas, congresos y reuniones sacerdotales, de A. C. y de Obispos y Prelados. También a la izquierda, hacia el centro, una pequeña capilla con un entoldado provisional: allí, al pie del tronco de una pequeña encina, se apareció la Virgen Santísima a los pastorcillos. En el centro, una rotonda de fuentes. Hay cola para tomar agua; y no son los peregrinos, en aquel día muy pocos, no; son los vecinos que vienen por ella en grandes jarras para todos los menesteres de la casa. Por último, junto a la Basílica, una capilla, también con un entoldado provisional, que hace las funciones de Iglesia. Mucho nos emocionó ver en ella dos confesionarios con esta inscripción: «Se confiesa en español». Hay, además, unos talleres completos de albañilería y carpintería donde se

realizan todas las operaciones previas para las construcciones que se están levantando. Finalmente -no podía faltar- la tienda donde se adquieren medallas, estampas, rosarios, etc. y allá, fuera ya del recinto, un blanquísimo convento, habitado por religiosas carmelitas de Sta. Teresa, de rigurosa clausura.

Y no hay más, materialmente hablando. Yo creo que con el tiempo será Fátima lo que es hoy Lourdes, pues lleva el mismo camino. Pero prefiero haberlo visto así, en sus comienzos, cuando no ha entrado allí aún el espíritu comercial de la industria que levanta tiendas lujosas y hoteles de primera, segunda y tercera categoría. Nosotros, para comer (una comida sencilla), la hemos tenido que encargar; pero nos ha sabido mucho mejor que en el mejor hotel.

Y digo que prefiero haberlo visto así, porque me ha parecido sentir todavía la presencia de la Virgen. Vive una de las videntes, viven los padres y familiares de los otros dos. Vive el Obispo de Leira, a cuya diócesis pertenece Fátima, y que ha sido el instructor de todo el proceso de las apariciones. Se van realizando, una a una, las profecías que dictara la Virgen y las promesas que hizo; viven los que presenciaron la multitud de fenómenos que rodeó la aparición mensual de la Virgen, en especial la última, el 13 de octubre de 1917, vive aún una viejecita que está barriendo el suelo de la capilla de las apariciones. Nos dirigimos a ella. Se hace difícil entenderla; el portugués, cuando lo hablan los portugueses, es muy distinto de como se escribe, y la anciana es portuguesa y del norte, más cerrada por consiguiente. A pesar de todo, la comprendimos cuando nos contesta que ella asistió a todas las apariciones, desde la segunda y no se dejó ninguna, incluso a la que, para procurar cortar todo lo que allí pasaba, el alcalde de la localidad, engañando a los pastorcillos, se los llevó a casa del prefecto provincial. Vió, por consiguiente, cómo las hojas de la pequeña encina caían misteriosamente; cómo el sol daba vueltas vertiginosamente como un globo rojo de vidrio incandescente; sintió el aroma de flores que no existían; vió nacer aquella

(Sigue en tercera pág.)

Aspecto de la actual Basílica de Fátima en construcción.
Fotografiado Geol. Claret.

